

UNA INCIERTA VICTORIA: LA INTELIGENCIA SOCIOLOGICA

Salvador Giner

1. El logro de la sociología

La inteligencia sociológica del mundo humano ha consumado su triunfo. Sea cual fuere el juicio que emitamos sobre la disciplina sociológica propiamente dicha, sobre la calidad y alcance de sus logros tangibles, de lo que no cabe duda es del vasto efecto que sobre la conciencia contemporánea ha tenido la mera presencia de la perspectiva sociológica entre nosotros. Al margen de la perenne cuestión de si «sirve» o «no sirve» en términos estrictamente utilitarios, el hecho es que la sociología se ha anclado con firmeza, y por muy buenas razones, en la civilización de las sociedades secularizadas. La sociología es ya parte integrante del espíritu de nuestro tiempo.

Es hoy costumbre escuchar con una mezcla de desdén y condescendencia los pronunciamientos de los primeros sociólogos, es decir, de aquéllos que a sí mismos se atribuyeron, tiempo ha, título tan peregrino. Su logro intelectual nos parece dañado por lo pretencioso de sus afirmaciones con respecto a lo que la ciencia sociológica que decían haber descubierto iba a deparar. Conferían a la sociología un rango y alcance desmesurados, en atroz contraste con la miseria de los resultados palpables. Sin embargo, aunque sea con la sobriedad que deberían otorgarnos los muchos años transcurridos, parece haber llegado ya el día de darles un adarme de razón. Así, la centralidad del punto de vista sociológico en la conciencia del hombre contemporáneo, sobre todo de aquél que vive en sociedades de avanzada secularización, es un hecho indiscutible. En todo caso, sería interesante topar con alguna teoría medianamente creíble que probara lo contrario, es decir, que la sociología es ajena o marginal a la cultura de hoy. No sólo la sociología sirve como marco analítico de referencia para lo que, con abstracción suma, ha dado en llamarse hoy modernidad sino que es parte esencial de la modernidad misma. ¿Es concebible la modernidad sin sociología? Ocurre que nuestro mundo se suele entender, predominantemente, *more* sociológico. Asunto distinto es que este hecho consumado sea tan lamentado por unos como celebrado por los otros. Claro está que la victoria de la sociología no ha sido recibida con igual júbilo por todos. Muchos ni siquiera la han reconocido como tal. Para ellos más que un síntoma, sería un síndrome de nuestro tiempo. Sería más derrota que consecución. Por eso, si hay victoria es, en todo caso, incierta.

En efecto, la intensa sociologización que han sufrido las diversas interpretaciones

posibles de nuestro mundo, desde la perspectiva moral y también desde la epistemológica, no es unívoca. Posee, por lo pronto, una ambivalencia sustancial. Así, si bien la incorporación de la sociología a nuestro entendimiento debe ser bienvenida en lo que tiene de incremento sustancial de nuestra sabiduría en torno a la naturaleza humana y a la de la sociedad así como a las condiciones de nuestra existencia y conocimientos, no puede serlo, en cambio, en la medida en que los abusos del sociologismo desplazan (y hasta obliteran) los vislumbres y aportaciones de otros modos igualmente legítimos y no menos ricos para explicar la realidad. Las pretensiones cognitivas de la sociología son sólo aceptables si se establecen las fronteras y criterios de demarcación de lo que puede ser explicado sociológicamente frente a lo que no puede serlo.

El triunfo de la sociología, además, ha sido paradójico y ambiguo. Hasta quienes hacen uso más o menos consciente de su enfoque toman, a veces, prudentes distancias de ella. Las causas no se hallan solamente en sus limitaciones evidentes, sino en sus mismos orígenes. Ninguna disciplina ha pagado tan caro las grandiosas pretensiones iniciales de algunos de sus fundadores como lo ha hecho la sociología. Todavía se escudan en ellas algunos académicos que practican disciplinas afines para descartarla o descalificarla sin realizar antes el menor esfuerzo previo por constatar si ha habido, o si hay, avance real en el camino del sociólogo. Ello no es sólo dañino para la sociología, sino para sus propias disciplinas. Por si ello fuera poco, hay científicos sociales que fallan tristemente cuando intentan explicar fenómenos para los que existe ya un conjunto de hipótesis sociológicas bien comprobadas así como un trabajo empírico importante, ignorándolos. Podrían mentarse estudios de notables economistas sobre el poder que, al ignorar lo aportado en esta esfera central de preocupación sociológica (y politológica) por los sociólogos, han producido resultados de notoria irrelevancia. La geografía social o humana, tal vez por su afán de constituirse en disciplina independiente, ha solido soslayar las incursiones directas que debería haber hecho en lo que los sociólogos han estudiado y dicho en el terreno de la ecología humana y en el de la apropiación del espacio por grupos o individuos. La pobreza de la *histoire événementielle* y la falta de rigor conceptual de ciertos historiadores podrían subsanarse sin demasiado esfuerzo con las aportaciones sociológicas disponibles. El notable analfabetismo sociológico de ciertos filósofos morales sólo encuentra parangón en el analfabetismo filosófico de muchos sociólogos (S. Giner, 1990), cuando es evidente que ni unos ni otros pueden permitirse el lujo de ignorarse mutuamente (R. Collins, 1988). Y así sucesivamente. Los importantes esfuerzos que se llevan a cabo para superar insularidades y gremialismos no son aún suficientes para romper del todo las barreras perniciosas de los prejuicios y desconfianzas mutuas entre las diversas ciencias sociales.

Descuella, por ser el más grave, el prejuicio antisociológico. Este es el más serio precisamente porque, como digo, el modo sociológico es el más característico de la concepción contemporánea de la realidad y el único capaz de entender como un todo, y sin fragmentaciones, al hombre moderno. Contra una opinión generalizada, la sociología no fragmenta, sino que contempla al hombre y su mundo, una vez rendido el tributo que el espíritu analítico exige, como un todo inescindible.

Sea cual fuere la opinión que merezca esta afirmación, convendrá quien leyere

en que la sociología ha sabido asumir casi siempre y de buen grado su dependencia y hasta su parasitismo de los aportes de otras disciplinas y modos de indagación (W. G. Runciman, 1970). La cuestión de la interdisciplinareidad no puede constituir un problema para un enfoque como el suyo, que no rehúye los atractivos de la hibridez, aunque tampoco abdique de poseer un propio y distintivo perfil. Los sociólogos saben que el postulado de interdependencia de todo fenómeno social les obliga a saquear sin miramientos lo que puedan decirle los economistas, los historiadores, los geógrafos, los filósofos, los etnólogos, los lingüistas, los sociobiólogos y los demógrafos. Si algo les está vedado es aislar un sector único de observación y estudio y encastillarse en él.

La sociología no ha conseguido establecer grandes leyes sociales, ni manifiestas regularidades históricas, ni ecuaciones que expliquen satisfactoria y plenamente procesos sociales complejos, ni predicciones muy precisas de lo que vaya a ocurrir. Gracias a ello, combinado con el fracaso en el mismo empeño de las demás ciencias sociales, nuestro futuro sigue tan preñado de incertidumbre como siempre. (Algún encanto tenía que quedarnos en esta tierra de desencantos). Lo que sí ha conseguido, menester es decirlo, es el descubrimiento de un buen número de procesos sociales específicos, para describirlos y analizarlos, a menudo con convincente tino y objetividad, dentro de márgenes de error cada vez menos escandalosos. Es un hecho fácilmente comprobable por cualquier curioso (entre los que habría que contar obviamente con los otros profesionales de las ciencias humanas), que la sociología, sencillamente, ha avanzado en sus logros a lo largo del tiempo. Así, sabemos hoy mucho más que ayer acerca de los entresijos de la desigualdad social y sus incesantes conflictos, los estadios sucesivos de las revoluciones políticas y científicas, el influjo de las creencias religiosas sobre la economía, las causas de la delincuencia, la intención del voto electoral, las consecuencias políticas de la pobreza, los efectos culturales de la televisión, las tendencias migratorias de las gentes, y así en sucesión. Y ayer sabíamos más que anteayer de éstas y otras muchas cosas. Hay, pues, claramente, un avance. Es un progreso desigual, difícil, en el que con frecuencia se hace necesario volver a empezar, pero un progreso constatable. Y el progreso es la prueba del fuego de cualquier disciplina que se llame científica. De la sociedad humana y de nuestra condición en ella sabemos aún muy poco, pero ese poco es mucho más de lo que sabíamos antaño. Sólo merced a este hecho bruto se justifica con plenitud el siempre anfíbio oficio de sociólogo.

2. La hegemonía del modo sociológico

Frente al progreso –modesto, desigual, pero innegable– de la disciplina como tarea dedicada al estudio empírico y científico de la realidad social existe otra corriente que tal vez, a la postre, sea aún de mucho mayor alcance. Es algo que en cierto modo da alguna razón a quienes asignaban en sus principios a la sociología una función hegemónica en el pensamiento de nuestra época. En efecto, no es descabellado afirmar que poco a poco, durante los últimos dos siglos y medio –¿desde Montesquieu?– se ha ido extendiendo y consolidando una inteligencia so-

ciológica del universo humano. Es ésta la que ha venido a hacerse predominante en nuestros días.

Al afirmar tal cosa no digo que lo que podría llamarse modo sociológico de entender haya desplazado a otros modos. Digo solamente (y nada menos) que ha impregnado, imbuido y, como mínimo, teñido de su propia perspectiva, lenguaje y discurso, a la mayor parte de las facetas de la cultura contemporánea. En varios casos éstas han sido afectadas de manera tan radical que el resultado ya es difícilmente reversible. La invasión sociológica es, por lo pronto, obvia en los campos afines a su práctica. Es innegable que una parte considerable de la filosofía (la ética, la epistemología, la filosofía política y la del lenguaje, la estética) está influida por el modo sociológico. La economía, la etnología, la lingüística, la historia no son ya lo que eran por causa (o por culpa) de la intrusa. Tal vez sea menos obvio, no obstante, que la prensa, la televisión, las empresas, la banca, los gobiernos y hasta los ejércitos y las iglesias hayan sido influidos por el modo sociológico. Pero no es menos cierto. En el mejor de los casos la imaginación y, en el peor, los lugares comunes de la sociología parecen hoy penetrarlo todo. La sociología (en el sentido más lato y hasta impropio de la palabra) está presente en las interpretaciones periodísticas de las noticias. De ella echan mano la política social de los gobiernos, la industria de la publicidad, los planes de enseñanza pública, los de sanidad y medicina, los movimientos ecologistas y cualquier otra actividad social pensable y sobre todo esencialmente moderna. Que sea moderna y, a ser posible, hipermoderna, es de rigor para la buena marcha del asunto. Es decir, para la incorporación de lo sociológico, cuando no de la sociología misma, con todas sus (a veces denostadas) armas y (no siempre pesados) bagajes a las tareas más características de nuestro tiempo.

Todo ello entraña una corriente hacia la sociologización de nuestra cultura y hasta de nuestros hábitos públicos y privados que resulta ser precisamente lo contrario de aquello que solía achacarse a la sociología: ser mera expresión de la ideología y servir a los intereses sórdidos del poder o de las clases dominantes. De hecho nadie como los mismos sociólogos ha criticado con mayor dureza el peligro ideológico a que se halla expuesta la sociología (R. Blackburn, ed., 1972; T. Bottomore, 1976) así como otros peligros afines, y no menos insidiosos, como es el de crear opacidad a través de pseudoexplicaciones de la realidad social, en vez de hacer más inteligible el mundo. La sociología, como cualquier otra actividad de escrutinio e interpretación de asuntos humanos que conlleve juicios morales implícitos o explícitos, es vulnerable al daño y hasta al estrago ideológico. No obstante, puede hacer un esfuerzo para liberarse de ellos en buena medida, como demuestra mejor que nada la crítica inmisericorde a la dimensión ideológica en sociología que los propios sociólogos han ejercido y en la que, en algunos casos, han llegado a extremos prácticamente autodestructivos, (A. V. Gouldner, 1971; T. Bottomore, ed., 1975). Ello contrasta con la mesura, exquisitez y prudencia con que otros científicos sociales tratan sus propias disciplinas. Sería extravagante atribuir esta actitud a un posible masoquismo del gremio, y más sensato suponer que la misma centralidad cultural del modo sociológico, con las exigencias y expectativas que ello conlleva, por un lado, y sus dificultades metodológicas y lo arduo de la comprensión de la

realidad asignada al sociólogo, por otro, crea una contradicción endémica en el seno de la actividad sociológica. Esta puede llegar a conducir, alguna vez, a crispaciones que la misma ambigüedad de la posición social del sociólogo hace aflorar en su conciencia con singular intensidad. Harina es ésta, ya, de otro costal.

Que la mundanidad de la sociología no excluya una parte de ideologización en su discurso es analíticamente diverso del fenómeno contrario, a saber, que la sociología pueda sociologizar cuanto encuentre a su paso. Hasta puede sociologizar las ideologías mismas. Así, el sermón político, religioso o moralista está hoy impregnado de razones y sinrazones sociológicas, de datos, encuestas, y apelaciones a una «realidad social» indiscutida e indiscutible a la que de forma implícita se atribuye soberanía o por lo menos naturaleza de último tribunal de apelación. Acuden a la legitimación pretendidamente sociológica de sus intereses incluso quienes con alharaca niegan a la sociología el poco pan y menos sal científicos que ella misma afirma poseer. (Sus pretensiones científicas son hoy mucho más modestas de lo que imaginan quienes la conocen de oídas o de malas y apresuradas leídas). La frecuente invocación a las encuestas, a las estadísticas, a los dictámenes e informes sociológicos o de sociológica pretensión, se ha convertido en la munición cotidiana de todos los poderes y dominaciones. Hay para todos los gustos e intereses. Pero no debe haber lugar para achacar genéricamente a «la sociología» o a «los sociólogos» la responsabilidad del sociologismo difuso (y a veces tácito y larvado) que predomina. Lo único justificable sería invalidar tal o cual modo de hacer sociología, tal o cual modo de apelar a su supuesta autoridad, así como someter a crítica a tal o cual profesional de la disciplina (o a ella aficionado) por el uso específico que de ella hace. Ante lo extendido del modo sociológico, la concreción crítica se impone.

3. El descubrimiento sociológico del interés común

Miseria de la sociología: su victoria en el mundo moderno, su triunfo como sustrato genérico del idioma de la modernidad ha entrañado también su frecuente banalización, su vampirización ideológica y política. Y ella misma ha sido una de las causas de lo sucedido. En efecto, la sociología (ciertas escuelas de ella) ha sido una auténtica adelantada en esa conspiración universal por derrumbar la esencia y disolver la ontología, por reducir las cosas a fenómenos, los fenómenos a datos, los datos a sombras de lo que eran. Nada más natural, pues, que sea usada su munición en el proceso, que nadie ha descrito tan bien como ella, de desencanto del mundo a manos de la razón instrumental y la ideología del cientcismo.

La sociología más conocida por el público, que es la positivista, (la más presentable ante un gran sector de la comunidad académica, ante la Administración Pública y ante el mercado) es la primera en entender la realidad como haz de factores o de interrelaciones entre factores. Su concepción de todas las cosas es factorialista y relativista. Su credo es el de los factores y las relaciones entre los factores. Poco importa que el positivismo que aboga por esta visión haya sufrido críticas y refutaciones severas a nivel epistemológico, con su consiguiente descrédito en el campo de la filosofía de la ciencia: lo crucial es que a otro nivel, el de la popularidad entre

el público lego e incluso entre un sinnúmero de practicantes de la investigación científica, el positivismo se haya constituido en ideario incuestionado, es decir, en sentido común del nuevo *homme moyen sensuel*, vagamente ilustrado, de nuestro tiempo. El factorialismo irredento de esta sociología le ha asegurado un puesto de referente y legitimador ideal para nuestro estupendo y algo fantasmagórico *Zeitgeist*, precisamente porque el espíritu de nuestro tiempo es no tenerlo.

Imagino a algún colega, agraciado por una saludable conciencia desdichada, considerar con melancolía semejante situación y sentirse tentado a abandonar la liza y dedicarse a mejor causa. Pero le recomendaría, con el mayor respeto a su criterio, percatarse de que existen límites a las consecuencias perversas de esa pírrica victoria del factorialismo. La salvación de la sociología, la continuidad de su aporte a un entendimiento de la naturaleza humana en medio del cientifismo contemporáneo (T. González de la Fe, 1989, pp. 102-103), el mantenimiento de su tensión creativa y la garantía del progreso de la conciencia sociológica pueden encontrarse sin excesiva dificultad en la fidelidad que aún mantienen ciertos sociólogos a las intenciones morales de sus clásicos.

En efecto, ganarse respetabilidad a fuerza de abstenerse de emitir juicios de valor puede resultar asaz ridículo para un saber que pretende explicar racionalmente fenómenos sociales. En contraste con esta actitud, cuando la medicina erradica el cólera o la técnica explora la Luna se suelen alegar causas humanitarias o beneficios para todos. No se plantea si una vacuna o inmunización (no acompañada de otras medidas) va a disparar el hambre y la miseria al multiplicar la población (J. Drèze y A. Sen, 1989), o si sería mejor invertir los dineros de la exploración espacial en proteger fauna y flora. Lo último, por ejemplo, parece faena de la mayor urgencia, en contraste con otras, cuya categoría cognoscitiva y probidad científica están por otra parte fuera de toda duda. La ciencia (como ha demostrado precisamente la sociología de la ciencia) emite juicios de valor sin el menor sonrojo (E. Medina, 1990). Y lo hace no sólo acerca de su entorno, sino en la elaboración misma de sus trabajos: la vocación científica (la religión o devoción de la objetividad) entraña ya en sí misma una valoración moral afirmativa sobre la actividad racional analítica que se emprende, según enseñó Max Weber. También enseñó que ciertos juicios de valor no sólo no son incompatibles con el saber sino que estimulan el afán de conocimiento objetivo.

A pesar de todo ello la indigente sociología es acusada de falta a la objetividad o a su supuesta deontología aunque ponga sus cartas boca arriba, es decir, aunque haga explícitos sus valores. No obstante, la sociología más cumplida que hemos tenido es, y no por casualidad, precisamente aquella que ha emitido su dictamen moral sobre la sociedad al tiempo que lo hacía apoyándose en el rigor, la parsimonia y el respeto debido a los hechos conocidos, los datos disponibles y la empirie. Proponer que la sociología (precisamente ella) debe estar libre de una imagen de lo que deba ser la sociedad buena es a la vez ingenuo y torpe. Es esperar que nada medianamente noble inspire el estudio de las relaciones interraciales, las migraciones laborales, la pobreza, el fanatismo religioso y político, la prostitución, el terrorismo, los desequilibrios territoriales y de riqueza, y tantos otros asuntos que son también problemas sociales y morales. Sólo una preocupación por coadyuvar a hallar

soluciones racionales y posibles a los males de la humanidad legítima en última instancia a esta ciencia social ante la colectividad. El saber sociológico deber ser medido también por su posible aportación al interés común, que es el de vivir en una sociedad lo más justa y decente posible (V. Camps y S. Giner, 1990). La otra justificación, el mero afán de saber según criterios de racionalidad (en este caso sobre la condición social, que es la condición humana), la justifica también plenamente, pero por razones estrictamente intelectuales, no incompatibles con las de la solidaridad ni la conveniencia moral de la comunidad, pero distintas de éstas.

4. Vindicación de la naturaleza humana

La diseminación de la inteligencia sociológica no puede desvincularse del espectacular crecimiento de su demanda, durante la segunda mitad del siglo XX, como técnica eficaz para satisfacer necesidades empresariales, partidistas o gubernamentales. La manifiesta capacidad de la sociología para contribuir a la elaboración de estrategias de toda índole tras procesar su propia información, la ha hecho muy valiosa para intereses gremiales, clasistas o de algún otro modo circunscritos. Es esta capacidad la que, más que otra cosa, la ha convertido en un bien codiciado por las más diversas fuerzas del mercado y del poder. No es esto lo que legitima la sociología para quien de ella espera mayor emancipación y mayor entendimiento y lucidez de nuestra vida en común, así como mejores condiciones racionales y seculares para el ejercicio de nuestro exiguo albedrío. Pero tal vez hasta algunos entusiastas de la razón instrumental en la ciencia social reconozcan que la motivación y justificación principales del saber sociológico no pueden confinarse a las demandas inmediatas y mundanas de intereses en liza. En efecto, la sociología obedece también a una exigencia antropológica y moral de nuestro tiempo, más allá y por encima de estas servidumbres. Muchas de las empresas, instituciones, consultorías y agencias gubernamentales, si leyeran (cosa poco probable) lo que acabo de decir más arriba acerca de la genuina legitimación moral de una disciplina que a ellas hace medrar, pensarían, a no dudar, que es una gran mentecatez fruto, en el mejor de los casos, de la puerilidad académica de quien no se mueve en su mundo, que es para ellos el real. Ante ello uno sólo puede expresar el piadoso deseo de que no tengan demasiada razón, sin perjuicio de que sigan gozando en paz de su oficio y su beneficio.

Aunque esté claro que hay una relación compleja y sutil, pero cierta, entre el éxito mundano de la sociología (su demanda pública y privada, con criterios instrumentales) y su pertinencia y necesidad como componente de nuestra conciencia secular más profunda, es también cierto que el sociólogo independiente debe tomar sus distancias contra la primera en favor de la segunda. La aceptación y el reconocimiento de la responsabilidad ética de la sociología entraña distanciamientos prudentes de algunas de sus prácticas. Esta decisión dimana de su carácter esencialmente humanístico que, afortunadamente, no es incompatible con su dimensión científica. Parece evidente que esta última no está en condiciones de agotar toda actividad sociológica puesto que si la sociología no es también un humanismo, o

parte esencial del humanismo de hoy, ¿qué podrá ser?, ¿cuál sería su sentido más elemental?

Parece evidente, empero, que una parte de la comunidad de los científicos sociales es indiferente, cuando no hostil, a estas preguntas. En efecto, en su empeño por asegurarse un lugar en el sol de la cientificidad hipermoderna, un sector militante de la sociología se ha afanado por unirse a la estocada y descabello que ha sufrido, todos al alimón, la naturaleza humana. (En este colectivo progresista hay que incluir a algunos filósofos, y no sólo a los múltiples herederos del positivismo lógico, por mucho que no sea posible decir palabra sobre la sociedad humana desde su esquina sin poseer una concepción filosófica del hombre y su condición). Que el precio de la cientificidad fuera vaciar al hombre de contenido sería justificable quizá si los resultados en términos cognoscitivos de la hipótesis de suponerlos entes sin más ánimo que el entorno material, fueran más sustanciales y palpables (J. Lopreato, 1984). Sin embargo, a veces hasta quienes parten por su oficio de un modelo bien claro de la conciencia humana, como electora racional de sus acciones y fines según sus intereses subjetivos, ponen en tela de juicio el mérito y necesidad de apoyarse en una concepción humanística en la construcción de la ciencia social. Una vez me contó un recién licenciado en economía que le habían enseñado sus maestros que eso del «ser humano» era una entelequia. Mi sorpresa no fue muy grande pues también había llegado a mis oídos que a dicho ser lo habían quitado del «currículum» docente. Tengo entendido, no obstante, que hay un «homo oeconomicus» sobre el que reposa todo el edificio de la economía política y sus diversas ramificaciones econométricas, empresariales, financieras y de demás índole. El «homo oeconomicus», célebre sujeto del «maximin», es decir, elector racional de su máximo bienestar con las mínimas molestias es, también, un ser abstracto con el que opera buena parte de la sociología y la politología, amén de posiciones filosóficas o doctrinales tan potentes como la neoutilitarista (J. M. Colomer 1987; E. Guisán, 1986 y 1990), cuya popularidad entre políticos e ideólogos de la felicidad pública está fuera de toda duda, y contrasta con las críticas rigurosas que se le han formulado en un plano más académico. Hay, pues, por lo menos una concepción clara y considerablemente precisa de la naturaleza humana en economía. ¿Por qué no habría de haberla en sociología? Ciertamente el «homo sociologicus», a guisa de cascarón hecho sólo de funciones sociales, es una identidad huera e inservible (R. Dahrendorf, 1968) si no se centra sobre un sujeto dotado de conciencia, razón, pasiones e intereses, dotado, esto es, de una naturaleza humana reconocible como tal más allá de las circunstancias históricas, biográficas y socioestructurales, aunque teñida profundamente por ellas.

No es que haga falta una concepción de la naturaleza humana en sociología, es que es inescapable. Aunque sea a escondidas, siempre levanta la cabeza. Otra cosa es que la inevitabilidad del pluralismo sociológico (S. Giner 1974) imponga la fructífera coexistencia competitiva de una variedad de concepciones (P. Ansart, 1990; P. Donati, 1988). La pluralidad de escuelas impone una querrela de las epistemologías y otra, paralela, de las concepciones del hombre porque, por mucho que cada una funcione en paralelo o acote para sí terrenos diversos y facetas distintas de la vida social, es inevitable la intrusión o por lo menos las pretensiones de ser una más

fructífera que otra. Ello no obstante, y en este contexto, es posible reivindicar la pertinencia de una tradición sociológica que, como ninguna otra, responda al imperativo de humanismo y a la vez posea un considerable grado de compatibilidad con la mayor parte de las demás escuelas y posiciones sociológicas. Se trata de aquella tradición y modo de hacer sociología que conjuga los asertos básicos de la racionalidad de los individuos en la toma de decisiones con los del análisis de la situación objetiva (en la que hay que incluir la cultura y saberes) de personas, grupos o colectividades, y que parece ser más compatible que ninguna otra con los requisitos de la cientificidad, por un lado, y del humanismo, por otro. Cumple los primeros (como ocurre con la misma tradición en economía) por responder a criterios firmes de análisis. En efecto, el supuesto de racionalidad entraña un grado de predicción: si somos solamente seres irracionales (no «a-racionales», como las bestias) nada puede predecirse con seguridad de nosotros, salvo en lo que tenemos de especie animal. Y el supuesto de racionalización no excluye (más bien al contrario) que el ser humano sea presa de temores, pasiones y ansiedades a veces irracionales. Como Simmel puso de relieve, la razón recubre intereses, pasiones y sentimientos (G. Simmel, 1923; F. G. Bailey, 1983), que a través de ella se expresan. Pasiones e intereses se formulan luego por medio de la razón práctica y conducta predecible en lo económico, lo político y lo cultural. Estas, a su vez, deben manifestarse en el marco de prejuicios y creencias (que sólo con exquisita cautela pueden definirse como irracionales) que constituyen el ambiente y clima en el que se mueve la conciencia humana. Son sus referencias y sus guías. Cuando alguien cree algo (por irracional que sea) no es irracional que se conduzca de acuerdo con ello (R. Boudon, 1990). La sociología debe buscar las razones del creer. Y debe contribuir a una reformulación de la vieja teoría de las pasiones y necesidades humanas y de su imbricación en nuestra facultad de raciocinio. Por fortuna ése es hoy el empeño de la tradición sociológica que sin ambages hay que llamar principal (A. O. Hirschman, 1977; J. Elster, 1989-A y 1989-B; J. Israel, 1988; R. Boudon, 1990), aunque tal vez no predominante.

Por lo que precede puede colegirse que defino esta corriente en un sentido amplio. No la reduzco, por ejemplo, a lo que ha venido a llamarse individualismo metodológico, aunque con él y con la lógica situacional que le es afín tenga mucho que ver. No se entiende, por ejemplo, que la atribución de intenciones subjetivas (y en gran parte racionales, sean de índole instrumental o, por el contrario, sustancial) excluya el análisis de la sociedad, cuando sea menester, en términos más estructurales. Los colectivos y las instituciones poseen comportamientos irreducibles a sus componentes individuales o al agregado de sus voluntades (M. Douglas, 1986), pero ello no significa necesariamente que tales voluntades no existan. Las dificultades epistemológicas que esta doble dimensión de la realidad social presenta no me parecen insuperables (S. Giner, 1978), aunque no sea éste el lugar para extenderme sobre este tema. Finalmente, la apelación a una concepción de la naturaleza humana relativamente compartida por las ciencias sociales y la filosofía tampoco es, a mi juicio, una sugerencia que esté fuera de lugar. Un análisis parsimonioso de los supuestos generales de las disciplinas que estudian al hombre como ser social puede descubrirnos una plataforma de acuerdos y consensos sorprendentemente amplia.

A no dudarlo, una codificación cerrada y dogmática de tal plataforma sería inadmisibles, y contraria al mismo espíritu humanista que aquí se preconiza. Pero, confeccionada en forma de inventario de hipótesis compartidas o por lo menos no mutuamente incompatibles, tentativas, abiertas y no exhaustivas, basadas en el acervo del saber sobre el hombre, sus pasiones, predisposiciones y facultades así como la sociedad por él creada y que a él crea, no constituye en absoluto una empresa insensata (R. Collins, 1975; S. Giner, 1976; R. Unger, 1984). Quedarían fuera del inventario un número de supuestos esencialmente incompatibles con cualquier otro —los de ciertas posiciones conductistas extremas, por ejemplo (B. F. Skinner, 1971)— amén de las míticas o metafísicas, cuya existencia puede registrarse pero no incorporarse a las posiciones de la tradición sociológica de la que aquí se habla. Este esfuerzo podría presentar un paso pertinente para una reflexión renovada y fructífera en estos tiempos de obvia inflexión histórica.

En resolución, y resumiendo, la continuidad del modo sociológico en la cultura moderna y su hegemonía presente se justifican sólo si la sociología mantiene su fidelidad a los principios de la intencionalidad racional, por un lado, y del humanismo, por otro. Lo primero supone asumir un nivel sustancial de racionalidad en el hombre. Y entender que lo irracional, «per se», en sí mismo, no existe: sólo es con referencia a criterios de superior racionalidad moral. Y a éstos sólo llega, cuando lo hace, la razón ética en un proceso de desbroce incesante. El otro criterio, el del humanismo, es el que también se impone: es un criterio que asume la naturaleza humana en su versión clásica, como sujeta a pasiones y a razones, y poseída de un afán impenitente de ser libre, como ente en alguna medida responsable, y por lo tanto irreducible a la cientificidad. Ciertamente no la excluye, pero la circunscribe a su específica esfera de la competencia. La dimensión humanística es la que hace que la sociología sea parte esencial de la ética en la modernidad. Por eso la filosofía moral que no sabe habérselas con la sociología carece de interés. Y la sociología que no sepa enraizarse en la filosofía moral es perniciosa.

Esta tradición sociológica constituye la espina dorsal de la disciplina. Se trata de una tradición —y ello es crucial— que posee la mayor medida posible de compatibilidad con una variedad de escuelas sociológicas —desde la fenomenológica a la conductivista—. Así como con los varios niveles de análisis desde la micro a la macrosociología. Por si ello fuera poco, su competencia empírica le confiere la dignidad teórica de la ciencia en el sentido genuino de la palabra y, por otra parte, su dimensión humanística nos hace volver una y otra vez a ella tras haber frustrado nuestras expectativas en el campo yermo del positivismo. Es un saber que asume con ironía la condición trágica de la vida humana, la maleabilidad social del hombre, pero también la permanencia de sus pasiones y su tozudez por querer ser libres en un mundo forjado por la determinación. La sociología, con los años y experiencia que ya lleva a cuestas, debe empezar a asumir su morada endémica. Es esa silvestre tierra de nadie que se sitúa entre las intenciones de mujeres y hombres que se piensan y quieren libres y las estructuras materiales y sociales que, una y otra vez, les niegan su ensueño.

Bibliografía

- Ansart, P. (1990), *Les sociologies contemporaines*, Paris, Seuil.
- Bailey, F. G. (1983), *The Tactical Uses of Passion*, Cornell University Press.
- Birnbaum, P. et Leca, J., comps. (1986), *Sur l'individualisme*, Paris, Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Blackburn, R., ed. (1972), *Ideology in Social Science*, Londres, Fontana/Collins.
- Bottomore, T. B. (1976), *La sociología como crítica social*, Barcelona, Península; ed. inglesa, *Sociology as Social Criticism*, Londres, George Allen Unwin.
- Bottomore, T., (ed.) (1975), *Crisis and Contention in Sociology*, Londres, Sage.
- Boudon, R. (1990), *L'art de se persuader*, Paris, Fayard.
- Camps, V. y Giner, S. (1990), «L'interesse comune come attività morale», en *Mon-doperaió*, diciembre, nº 12, Año 43, pp. 103-111; versión catalana ampliada, S. Giner y V. Camps, *L'interès comú*, Barcelona, Cultura i Entorn, 1990.
- Collins, R. (1988), «For a sociological philosophy», *Theory and Society*, nº 17, pp. 669-702.
- (1975), *Conflict Sociology*, Nueva York, Conflict Sociology.
- Colomer, J. M. (1987), *El utilitarismo, una teoría de la elección racional*, Barcelona, Montesinos.
- Dahrendorf, R. (1968), *Pfade aus Utopia*, Munich, Piper Verlag, en especial cap. 7 («Homo Sociologicus», pp. 127-193 y «Soziologie und menschliche Natur», pp. 194-210).
- Donati, P. (1988), *Introduzione alla sociologia relazionale*, Milán, Franco Angeli.
- Douglas, M. (1987), *How Institutions Think*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Dreze, J. y Sen, A. (1989), *Hunger and Public Action*, Oxford, Clarendon.
- Elster, J. (1989-A), *Solomonic Judgements*, Cambridge University Press.
- (1989-B), *The Cement of Society*, Cambridge University Press.
- Giner, S. (1974): *El progreso de la conciencia sociológica*, Barcelona, Península.
- (1976), «Para hacer sociología», *Teorema*, vol. VI/3-4, pp. 343-357.
- (1978), «Intenciones humanas y estructuras sociales: aproximación crítica a la lógica situacional», en J. Jiménez Blanco y C. Moya, comps., *Teoría Sociológica Contemporánea*, Madrid, Tecnos.
- (1989), «Sociología y filosofía moral», en V. Camps, comp., *Historia de la Ética*, Barcelona, Crítica, Vol. III, pp. 118-162; versión inglesa («Sociology and Moral Philosophy»), en *International Review of Sociology*, nº 3, 1987, pp. 47-86.
- González de La Fe, T. (1989), «Filosofía de la sociología», *Sistema*, noviembre, nº 93, pp. 91-106.
- Gouldner, A. W. (1971), *The Coming Crisis of Western Sociology*, Londres, Heinemann (1ª ed. 1970).
- Guisán, E. (1986), *Razón y pasión en ética*, Barcelona, Anthropos.
- (1990), *Manifiesto hedonista*, Barcelona, Anthropos.
- Hirschman, A. O. (1977), *The Passions and the Interests*, Princeton University Press.
- Israel, J, comp. (1988), Sec. monográfica «Sociology of Needs», en *Revue Internationale de Sociologie/International Review of Sociology*, nº 2, 1988, pp. 37-190.
- Lopreato, J. (1984), *Human Nature and Biocultural Evolution*, Boston, Allen Unwin.

Runciman, W. G. (1970), *Sociology in its Place*, Cambridge University Press, pp. 1-44.

Simmel, G. (1923), *Die Probleme der Geschichtsphilosophie*, Leipzig, Duncker und Humboldt (5ª. ed).

Unger, R. M. (1984), *Passion: and Essay on Personality*, New York, Free Press.

Salvador GINER
Universidad de Barcelona